

REPORTAJE**IÑAKI
ARTETA**

El mundo es tan inabarcable como moldeable para el artista. ¿Dónde mirar? ¿Qué y cómo interpretar lo que ve, siente o imagina? Para el fotógrafo, la realidad no tiene límites, las tierras lejanas, el paisaje espectacular, las aldeas, las ciudades, la denuncia, las guerras y la paz, la creación y la destrucción, los ricos y los pobres, las formas de trabajar, de vivir, el dolor, la fiesta... La curiosidad no puede saciarse jamás, la variedad de lo que nos rodea es el infinito escaparate en el que el fotógrafo mira para elegir una especialidad, un tema al que dedicar su tiempo. Mientras millones y millones de fotógrafos se calzan para iniciar un viaje en busca de esa realidad que interpretarán a su manera, hay quien no necesita salir de su casa para diseñar un universo fotográfico.

Está claro que no es obligatorio salir de casa para crear; la mayoría de las creaciones que forman el 'top ten' de nuestra cultura se han elaborado en una habitación en la que había una sola persona: el autor. Pero parece que la fotografía invita a alejarse para buscar, a sobrevalorar lo conocido y plasmar para otros tanto lo que uno ve del mundo desconocido y lejano, como lo que se nos oculta de nuestro entorno cercano. De su corazón a sus asuntos, parafraseando a Miguel Hernández, es todo el viaje que realiza Sofía Santaclara (Oviedo, 1970) para generar su obra. De la cocina a la sala. De sus pies a su rostro. Se ha elegido como modelo porque, como decía Frida Kahlo para justificar sus autorretratos, «es la persona a la que mejor conoce y con quien más tiempo está». Ella es su modelo, su fotógrafa, su directora artística, su ayudante y editora.

La vocación tardía de Sofía Santaclara emergió tras ciertos acercamientos a la plástica desde la danza, la pintura y de la influencia de artistas como Duchamp, Man Ray o Doissneau. Se define como ama de casa, pero es más bien una artista de cocción lenta. Sin prisa ganó concursos de pintura desde muy pequeña. Una infancia feliz no le impide a uno aficionarse a contar historias inquietantes, como de miedo. Es la afición por la narración lo que acerca al artista a cualquier medio de ex-

presión.

A los 38 años empezó a generar su original obra, fue durando al ritmo de las cosas que iban aconteciendo en su vida personal: estudios abandonados, la cocina, la costura, el cuidado concienzudo de un hijo... Hasta que por casualidad le encargan sus primeras fotos para rellenar un decorado de televisión. El descubrimiento de que una cámara fotográfica puede utilizarse para narrar fue determinante. Para cada concepto, puede haber una fotografía que lo exprese. Desde entonces, alumbrada por su curiosidad y algunos ilustres maestros, como Eduardo Momeñe, dedica todo su tiempo a pensar en clave de composición. Ahora va rápida, su inconcebible afán por producir le lleva a no dejar pasar un día sin

disparar una foto. Se le ha abierto la espita de la creación que tenía sellada a la espera de que algo auténtico empujara hacia fuera de ella. La fuerza y la certeza de haber hecho diana en lo que se estaba buscando genera un torrente de posibilidades. Experimentada «con 20 años tienes la mitad de cosas que contar que con 40 años» y experimentadora.

Con el ordenador y la cámara tan cerca como el microondas, la cocina o la nevera, las ideas revolotean con fluidez por el ambiente doméstico. Solo después de la comida empieza la acción. Como se trata de que todo esté a mano, ella es su modelo favorita y sólo necesita un poco de paz en la casa para que lo que se ha ido macerando vaya tomando forma. Comienza el juego de trenzar lo imaginado

con lo que le va sugiriendo el interior de los armarios, la ropa, los zapatos, pañuelos, plásticos, gasas... También maquillaje, espejos, telas en el suelo, agua en la bañera, una fluorescente estropeada, pero sobre todo es la luz natural que atraviesa cualquier ventana, la que más le inspira y gusta de utilizar. En su estudio almacena flashes, fondos, filtros, a los que quizás más adelante les saque rendimiento, no ahora, ahora el tablero de juego se halla en-

A los 38 años empezó a producir su obra, madurándola poco a poco al ritmo de su vida personal

tre las paredes de su casa. Mientras entre algo de luz del casi permanente cielo gris asturiano, se arreglará. Si no, cualquier lámpara o la luz reflejada en cualquier superficie le ayudará a moldear las formas. Sus formas. No hay que dar instrucciones a nadie y además no hay prisa. Erik Satie puede sonar de fondo. Le va bien un solo de piano, austero, impresionista, algo abstracto y minimalista.

Ha encontrado un juego que le hace sentirse como una niña con sus muñequitas, hablando sola, riéndose cuando le salen bien las cosas, repitiendo y repitiendo si algún detalle no le termina de gustar.

Lo verdaderamente divertido es enredar, reconstruir paso a paso una idea componiendo el encuadre y la pose. Entre toma y toma hay que chequear

el resultado y habitualmente, volver a la marca para adoptar alguna sutil corrección hasta que da con el resultado, entonces se felicita. Una foto al día no está nada mal, pero pueden ser más. Depende. La forma en la que al artista le llega eso llamado inspiración es lo que realmente separa mediante un abismo el arte de la ciencia. El misterioso cóctel de intuición, experiencia e imaginación, puede surgir de observar un tornillo en una pared, la forma de una nube, una lectura, una música, de gozar del enamoramiento o sufrir la tragedia, la noche o el atardecer, el brillo de un tejado, o... la nada. Bueno, siempre hay algo delante o dentro del artista que le motiva a la acción.

El duende particular

El proceso de la creación, como el paso de los días, sufre sus altibajos, sus cambios de ánimo, la locura de alterar los roles. Una reina o una bruja, niña tímida y escondida o mujer atrevida y agresiva, todas sugieren historias que comienzan o son el final de otras. Para Sofía el estado mental ideal es el Alfa y en posición horizontal. El momento Alfa, que se sitúa entre la vigilia y el sueño, es la primera etapa que nos dirige al sueño, sumergiéndonos en la inconsciencia, rebajando la actividad cerebral dejándola escasa y relajante. La mente se acerca entonces a la intersección entre lo real y lo onírico. Ahí es donde se propicia la aparición de su duende particular, Manolín. Todos debemos tener nuestro Manolín para nuestros enredos vitales. El suyo es el Dáimón de Sócrates, la voz de las energías interiores o de la conciencia, el que le ordena las ideas y no sólo le resuelve las dudas, se las cuenta. Manolín le impide caer en el sueño profundo a cambio de que se levante a escribir o dibujar lo que le ha dictado: espacios, luces, composiciones, movimientos.

El resultado es una fotografía misteriosa, sugerente, a veces inquietante pero bella. Es la destilación del juego íntimo de la fotógrafa-modelo que llega al espectador como saludándole sin mirarle de frente, permitiéndole observar su momento de fantasía particular como un mirón con entrada de primera. Su obra se puede admirar de forma permanente en Espacio Foto (Madrid), «mi segundo hogar», en palabras de la artista asturiana.

Al final del día, las fotografías que se ha hecho Sofía pueden que sean su reflejo o el de un sueño, una señal de la búsqueda de sí misma o el resultado de un juego solitario, piezas sueltas para formar un conjunto especial y personal. Y esto, sin salir de casa.

El objetivo es ella

La fotógrafa asturiana Sofía Santaclara, de vocación tardía y experimental, atesora todo su universo creativo en el hogar



Tres instantáneas de Sofía Santaclara, una artista que se define como «ama de casa».

